

ESTUDIOS

Carlismo y caciquismo: las subjetividades campesinas en la historia contemporánea de España¹

Antoni Vives Riera

Universitat de Barcelona

Resumen: El presente artículo comprende un análisis de los límites interpretativos en las explicaciones predominantemente utilitaristas y estructuralistas que han marcado en los últimos cincuenta años la producción historiográfica sobre el carlismo y el clientelismo político. Con el objetivo de entender mejor la acción de los diferentes colectivos rurales en fenómenos de solidaridad vertical interclasista, el texto presenta una evaluación de los resultados obtenidos en la actualidad con la parcial aplicación del bagaje teórico y conceptual del llamado «giro cultural», al mismo tiempo que propone el reconocimiento de las subjetividades históricas campesinas.

Palabras clave: campesinado, caciquismo, carlismo, giro cultural, subjetividad histórica.

Abstract: The aim of this article is to show the interpreting limits of the historiographical production about carlism and caciquismo in the last 50 years. As neither the structuralists nor the utilitarists interpretations are appropriate in order to explain social action from different rural collectives contributing to interclass vertical solidarity, the text offers an evaluation exercise about the partial application of the theoretical background coming from the cultural turn on the historical studies

¹ Artículo realizado a partir del estado de la cuestión de la tesis doctoral *Modernització i pervivència de la vila rural com a subjecte històric durant el segle XX: Les festes de sant Antoni i el cant de l'Argument a la vila d'Artà (Mallorca)*, Departament d'Història Contemporània, Universitat de Barcelona, 2008. Disponible en <http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0609108-112609/index.html>.

about these two special subjects in Spanish Modern History. Finally, it proposes the recognition of the peasant historical subjectivities as the best way to understand their social action.

Keywords: peasantry, caciquismo, carlism, cultural turn, historical subjectivity.

Carlismo y caciquismo han sido dos temas de investigación ampliamente estudiados y debatidos en el ámbito historiográfico. Aunque no de forma exclusiva, los colectivos que contribuyeron a reproducir la violencia carlista y el clientelismo político siempre han sido relacionados con el campo². Efectivamente, en el marco de la heterogeneidad de contextos socioeconómicos que experimentó el mundo rural a lo largo y ancho del territorio del Estado español³, diversos colectivos campesinos contribuyeron subjetivamente a la reproducción de ambos fenómenos políticos.

La agencia social de los grupos rurales dominantes en la reproducción del carlismo y el caciquismo se ha explicado de manera más o menos satisfactoria mediante alusiones a las políticas de clase basadas en el interés económico y la preponderancia cultural. No obstante, han sido mucho más notables las dificultades para explicar las prácticas sociales que sostuvieron ambos fenómenos históricos cuando éstas fueron llevadas a cabo por las clases subalternas del campesinado. En este sentido, el aspecto más difícil de razonar ha sido la frecuente cooperación interclasista con las elites de las que se dependía económicamente. En la búsqueda de una respuesta para ello, los planteamientos teóricos que han predominado evidencian una clara tendencia a reducir sus interpretaciones a perspectivas tanto utilitaristas como estructuralistas.

No hay duda de que la conexión entre las estructuras de ordenamiento social y la acción colectiva de los sujetos ha consti-

² Utilizamos el término «campesino» no como categoría socio-profesional, sino como sinónimo de habitante del campo, como contrafigura de lo urbano. FONTANA, J.: «Los campesinos en la historia. Reflexiones sobre un concepto y unos prejuicios», *Historia Social*, 28 (1997), pp. 3-11.

³ Desde un punto de vista puramente económico, sobre la diversidad geográfica de contextos campesinos en la historia contemporánea de España, GALLEGO, D.: *Más allá de la economía de mercado: los condicionantes históricos del desarrollo económico*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, y DOMÍNGUEZ, R.: *El campesino adaptativo: campesinos y mercado en el norte de España, 1750-1880*, Santander, Universidad de Cantabria, 1996.

tuido uno de los principales retos del pensamiento social contemporáneo⁴. Con respecto a los posicionamientos estructuralistas se ha comentado que el cambio histórico se convierte en inconcebible cuando se parte de la base de que la práctica social es simplemente un efecto de funciones de poder preestablecidas⁵. Por otra parte, también se ha señalado que la actuación de los grupos humanos difícilmente puede ser entendida desde una perspectiva puramente utilitarista, es decir, sin tener en cuenta la integración del individuo en la sociedad⁶. En este punto, el reconocimiento de la subjetividad de los colectivos subalternos abre un nuevo horizonte de interpretación para la mejor explicación de las prácticas sociales que históricamente han llevado a cabo⁷. Para la consecución de este propósito juega un papel fundamental la reciente apertura de los estudios de historia al repertorio teórico y metodológico propio de las corrientes de pensamiento asociadas al llamado «giro cultural».

Desde esta perspectiva, el presente artículo ofrece un análisis de la producción historiográfica sobre el carlismo y el clientelismo político en los últimos cincuenta años. El objetivo es evidenciar los límites en la interpretación de la agencia social del campesinado subalterno con relación a la reproducción de ambos fenómenos históricos. A partir del repaso crítico a la historiografía clásica, evaluamos los resultados del reciente desembarco de la historia cultural, para concluir señalando las posibilidades de renovación interpretativa que ofrece la aplicación del nuevo repertorio teórico y conceptual.

⁴ GIDDENS, A.: *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Londres, MacMillan, 1979.

⁵ Una crítica a las interpretaciones estructuralistas de la acción colectiva de los grupos subalternos en THOMPSON, E. P.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

⁶ Una crítica a las interpretaciones utilitaristas del comportamiento histórico del campesinado en IZQUIERDO, J.: *El rostro de la comunidad: la identidad del campesino en la Castilla del Antiguo Régimen*, Madrid, CESC, 2001.

⁷ Sobre la noción de subjetividad histórica véase NASH, M.: «Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo. Género, identidades y nuevos sujetos históricos», en ROMEO, M. C., y SAZ, I. (eds.): *El siglo XX: historiografía e historia*, Valencia, Universitat de Valencia, 2002, pp. 85-100.

La historiografía clásica: entre el poder de las estructuras y la utilidad circunstancial

La historiografía sobre el carlismo y el clientelismo político de mediados del siglo XX refleja claramente una línea de continuidad interpretativa con los intelectuales liberales coetáneos a los hechos. En lo que respecta al carlismo, personajes de la época identificados con sus contrincantes liberales vieron este movimiento como una movilización dirigida por caciques y eclesiásticos reaccionarios que utilizaban su influjo sobre unas masas campesinas analfabetas y fanatizadas⁸. Esta visión no se aleja mucho de la posterior interpretación del movimiento que Jaume Vicens Vives formuló como «la versión política de una espiritualidad tradicionalista, en un país económicamente pobre, técnicamente atrasado y socialmente conservador»⁹. Con relación al caciquismo, las figuras principales de la historiografía liberal clásica coincidieron en sus planteamientos con los intelectuales regeneracionistas. Igual que lo hicieron en su momento Joaquín Costa u Ortega y Gasset, autores como el mismo Vicens Vives o Tuñón de Lara concibieron el fenómeno como un instrumento de la oligarquía socioeconómica para renovar el personal parlamentario en un contexto rural de dependencia, atraso e ignorancia¹⁰.

Así pues, el consentimiento de los colectivos campesinos en la reproducción de ambos hechos sociales se explicaba a partir de los estereotipos negativos más recurrentes sobre el mundo rural, representaciones del campo en los que sus habitantes aparecen como seres pasivos y sin capacidad de agencia social autónoma¹¹. Desde la

⁸ Lluís Ferran Toledano cita entre los intelectuales liberales anticarlistas a Modesto Lafuente, Antonio Pirala o Benito Pérez Galdós en TOLEDANO, F.: *La muntanya insurgent. La tercera guerra carlina a Catalunya. 1872-1875*, Girona, CEHS, 2004, p. 18.

⁹ Citado en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «¿Quiénes eran los carlistas?», en ARÓSTEGUI, J.; CANAL, J., y GONZÁLEZ CALLEJA, E. (eds.): *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, p. 143.

¹⁰ CRUZ ARTACHO, S.: «Clientes, clientelas y política en la España de la Restauración», *Ayer*, 36 (1999), pp. 105-129.

¹¹ Sobre la representación estereotipada del mundo rural en el occidente europeo véase WILLIAMS, R.: *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001 (1.ª ed., 1973).

lógica utilitarista, no se podía encontrar razón alguna a la colaboración del campesinado humilde con la reproducción de un sistema político y social que lo condenaba a la ausencia de libertad en la toma individual de decisiones. Por esta razón, la historiografía clásica asoció la deferencia social de muchos grupos subalternos rurales con atributos como la ignorancia y la irracionalidad. La utilización de estos estereotipos se complementaba con el recurso a las omnipresentes teleologías del progreso. De esta manera, los sectores de la población rural no asimilados a actitudes urbanas y modernas sólo podían encajar en el devenir prefijado de la historia como residuos, atrasos y lastres¹².

A partir de los años setenta, la progresiva influencia de diferentes repertorios conceptuales generados en otros ámbitos historiográficos y disciplinarios posibilitó la formulación de interpretaciones que no tenían por qué reproducir el estereotipo de la pasividad e ignorancia campesinas. Respecto al clientelismo político, el corpus teórico que permitió interpretarlo más allá de la necesidad rural fue aportado por la Escuela de Oxford, encabezada por Raymond Carr y compuesta por discípulos suyos como Romero Maura o Varela Ortega. Para explicar dicho fenómeno, estos autores se sirvieron de conceptos que hasta el momento sólo se habían aplicado en el campo de la sociología política¹³. El estado liberal-caciquil fue visto como un sistema acabado y completo que tenía como principal función conectar a las instituciones de la nación con las distantes realidades locales de las periferias territoriales. Debido al déficit de modernización —por ejemplo, en los procesos de alfabetización— se precisaban mediadores que hicieran posible el funcionamiento del entramado institucional oficial. De este modo, los caciques dejaron de ser presentados como oligarcas y terratenientes que se servían de los cargos administrativos para oprimir aún más a sus

¹² Sobre la representación de la modernidad en términos de urbanidad véase WEBER, E.: *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976. Estas mismas críticas ya fueron realizadas en su momento en TORRAS, J.: *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Barcelona, Ariel, 1974.

¹³ CARR, R.: *La España Contemporánea, 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1970 (1.ª ed., 1966); ROMERO MAURA, J.: «Caciquismo: tentativa de conceptualización», *Revista de Occidente*, 127 (1973) pp. 15-44, y VARELA ORTEGA, J.: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y «caciquismo» en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza, 1977.

subordinados. Empezaron a ser vistos como burócratas letrados y profesionales liberales que ejercían de intermediarios entre las administraciones del Estado y la sociedad «real» formada por el común de la población.

En la medida que concibieron el régimen político restauracionista como un todo acabado y armónico, los autores de la Escuela de Oxford se enfrentaron al dato empírico siempre buscando la funcionalidad de la acción social respecto a la estabilización del sistema. Este posicionamiento implícitamente estructuralista suponía la invisibilización del conflicto y de todo aquello que disfuncionara del propio orden social. Por tanto, el régimen constitucional de 1876 fue estudiado como un conjunto de estructuras de funcionamiento político que se reproducían por sí solas. Por ello, se denotaban especiales dificultades para explicar el cambio histórico más allá de la aplicación arbitraria de la narrativa de la modernización. La dinámica histórica solamente podía acontecer como acto de fe, como predestinación, y no como el fruto de la convergencia de las agencias de diferentes grupos sociales en conflicto.

En el caso de la renovación interpretativa sobre el carlismo, fue clave la revalorización de la agencia social de los colectivos campesinos que en los años setenta se produjo en la historiografía marxista. Desde 1973 la revista *Journal of Peasant Studies* se configuró como una plataforma para reivindicar la herencia de los trabajos de Alexander V. Chayanov sobre la naturaleza familiar y comunitaria de la tradición económica agropecuaria¹⁴. Autores como Teodor Shanin o Bugoslaw Galeski explicaban la cooperación interclasista en el ámbito rural a partir de la explotación doméstica familiar y las unidades locales de producción y consumo¹⁵. Atribuían al campesinado una actitud conservadora, de manera que su acción social se orientaba a la consecución de un mínimo de subsistencia para la reproducción de las formas propias de explotación del territorio.

En este contexto, los trabajos de Eric Hobsbawm y George Rudé sobre las luchas antifeudales de la Inglaterra del siglo XVIII aparecieron como fruto del diálogo establecido entre la tradición agrosociológica chayanoviana y la historiografía marxista britá-

¹⁴ CHAYANOV, A. V.: *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974 (1.ª ed., 1925).

¹⁵ SHANIN, T.: *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, Madrid, Anagrama, 1976, y GALESKI, B.: *Sociología del campesinado*, Barcelona, Península, 1977.

nica¹⁶. En el Estado español, autores como Josep Fontana, Jaume Torras o Julio Aróstegui se hicieron eco de estos planteamientos y los aplicaron a los levantamientos carlistas del siglo XIX, interpretados ahora como una forma de lucha de clases propia de una etapa de transición del feudalismo al capitalismo¹⁷. Para justificar la revuelta de los sectores populares contra el Estado liberal, dichos historiadores ponían especial énfasis en aquellos aspectos de transformación de las estructuras de producción y consumo de carácter familiar o local. Afirmaban que los cambios socioeconómicos que se vivieron en el agro hispano durante el siglo XIX empujaron al campesinado a rebelarse contra el Estado burgués, como si se tratara de un automatismo involuntario. Tanto el conflicto como el comportamiento de las clases subalternas en el mismo venían predeterminados por fuerzas abstractas de naturaleza agroeconómica. Una vez más, se cayó en la trampa estructuralista que impedía explicar el cambio histórico más allá del determinismo teleológico del avance del feudalismo hacia el capitalismo.

Un problema que se planteaba en esta interpretación era la discordancia entre las fuerzas socioeconómicas estructurales que determinaban las luchas campesinas y la esfera ideológica que imponía el programa político reaccionario del carlismo. Ante este dilema, los historiadores marxistas plantearon la relación entre las bases sociales y los cuadros militantes como una alianza circunstancial y temporal ante un enemigo común. Entonces, se llegó a la conclusión de que las bases carlistas no se creían la ideología en nombre de la que se habían alzado. Esta última afirmación orienta la lectura de la movilización antiliberal hacia interpretaciones claramente utilitaristas. Se suponía que las clases subordinadas en rebeldía eligieron contribuir a la reproducción del orden local-rural establecido no porque se lo creyeran, sino porque consideraron que era más beneficioso para sí mismas dadas las circunstancias. Ante la amenaza de las reformas llevadas a cabo por el Estado, ciertos campesinados de clase baja interpretaron como más útiles las viejas estructuras de integra-

¹⁶ HOBBSAWM, E. J., y RUDÉ, G.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1985 (1.ª ed., 1969).

¹⁷ TORRAS, J.: *Liberalismo y rebeldía...*, *op. cit.*; ARÓSTEGUI, J.: «El carlisme en la dinàmica dels moviments liberals espanyols. Formulació d'un model», en CANAL, J. (coord.): *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, Barcelona, L'Avenc, 1993, pp. 53-77 (1.ª ed., 1975), y FONTANA, J.: «Crisi camperola i revolta carlina», en CANAL, J. (coord.): *El carlisme...*, *op. cit.*, pp. 107-126.

ción comunitaria, ya que así al menos tenían la seguridad de un mínimo de subsistencia.

De todas maneras, la elección racional basada en la agregación de intereses económicos individuales en torno a ciertas instituciones sociales se ve en este caso en entredicho a partir de la conocida figura olsoniana del *free-rider*¹⁸. Pensar que los militantes carlistas estaban dispuestos a sacrificar sus vidas a favor del mantenimiento de unas estructuras sociales de seguridad colectiva acaba convirtiéndose en un argumento irremediabilmente contradictorio. Cada uno de los participantes de la causa reaccionaria podía optar por separado a ir por libre convirtiéndose en el *free-rider* que se beneficiaba de las viejas solidaridades paternalistas al tiempo que no cumplía con los deberes colectivos. De esta manera, se hace evidente que la lógica utilitarista no puede explicar el sacrificio personal por el grupo.

La interpretación marxista del carlismo chocó pronto con la evidencia empírica. Jesús Millán observó a finales de los años ochenta que las comarcas valencianas en las que los alzamientos reaccionarios obtuvieron más apoyos no eran las que tenían más tradición de lucha de clases y revueltas antiseñoriales¹⁹. El correctivo empirista contra el exceso teórico fue llevado a cabo por la escuela de la llamada «Historia Agraria» y se extendió también a las interpretaciones funcionalistas sobre el clientelismo electoral²⁰. Desde esta nueva corriente se puso énfasis en la necesidad del estudio pormenorizado de las realidades locales, sustituyendo el abordaje global de las estructuras socioeconómicas o los sistemas políticos por microanálisis de las villas, pueblos y aldeas. Aun así, la proliferación de esta tipología de estudios no desembocó en la configuración de un nuevo paradigma interpretativo. Al contrario, de forma más directa o indirecta, estos estudios recuperaron el viejo discurso liberal-regeneracionista contra el carlismo y el caciquismo.

Con relación al carlismo, Jesús Millán llegó a la conclusión de que se trataba de una forma de «protesta subalterna» del campesinado supeditada a la dirección ideológica y material de las oli-

¹⁸ OLSON, M.: *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de grupos*, México, FCE, 1992 (1.ª ed., 1965).

¹⁹ MILLÁN, J.: «Els militants carlins del País Valencià central. Una aproximació a la sociologia del carlisme durant la revolució burgesa», *Recerques*, 21 (1988), pp. 101-123.

²⁰ El término elegido para denominar esta corriente historiográfica proviene de la creación en 1990 de la Sociedad Española de Historia Agraria-SEHA.

garquías²¹. En la misma línea, Pere Anguera destacó los beneficios personales inmediatos que proporcionaba a muchos combatientes su adhesión a las partidas rebeldes²². En lo que respecta al clientelismo político, se ofrecieron explicaciones muy similares a lo largo de los años noventa²³. En esta época se realizaron numerosos estudios sobre la relación entre el control de los sufragios y el monopolio terrateniente de la propiedad rústica²⁴. De igual modo, interesaba saber más sobre las estrategias de las elites socioeconómicas en la reproducción de sus patrimonios; el control que ejercían sobre los ayuntamientos de los municipios pequeños²⁵, o los contratos laborales que las vinculaban con los trabajadores del campo.

Así pues, la «Historia Agraria» transmitía una imagen de las relaciones patrono-clientelares como mecanismo de control al servicio de los grupos dominantes. Desde este ámbito, nunca se prestó excesiva atención a las prácticas de sumisión o resistencia apolítica del campesinado humilde. La mayor parte de trabajos se centraron en el comportamiento y las estrategias de poder de las oligarquías locales. No hay duda de que los trabajos de esta época ofrecieron un aporte de conocimiento empírico encomiable, al mismo tiempo que señalaron la localidad como ámbito privilegiado de análisis. En lo que respecta específicamente al carlismo, su contribución fue clave en la tarea de identificación de su base social ya anteriormente iniciada por Julio Aróstegui²⁶. Aun así, la agencia histórica de las mayorías subalternas de los municipios rurales quedaba invisibilizada. Tampoco se hacía ninguna propuesta teórica que permitiese entender de manera satisfactoria su comportamiento conservador. De hecho, éste nunca fue su objeto de estudio preferente.

²¹ MILLÁN, J.: «La resistencia antiliberal en la revolució burguesa espanyola: insurrecció popular o moviment subaltern?», en FRADERA, J. M.; MILLÁN, J., y GARRA-BOU, R. (eds.): *Carlisme i moviments absolutistas*, Vic, Eumo, 1990, pp. 27-52.

²² ANGUERA, P.: *Déu, rei i fam. El primer Carlisme a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

²³ Una evaluación sintética de estos estudios durante los años ochenta y noventa en MILLÁN, J.: «Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance», *Historia Agraria*, 22 (2000) pp. 97-110.

²⁴ CRUZ ARTACHO, S.: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*, Córdoba, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Córdoba, 1994.

²⁵ SALAS, P.: *El poder i els poderosos a les viles de Mallorca. 1868-1898*, Palma, Documenta, 1997.

²⁶ ARÓSTEGUI, J.: «El carlisme en la dinàmica...», *op. cit.*

El desembarco de lo cultural: viejas inercias y no tan nuevas interpretaciones

A mediados de la década de los noventa, el agotamiento de las explicaciones puramente económicas y políticas del carlismo y el clientelismo político obtuvo respuesta en una cierta apertura de la comunidad historiográfica a la esfera de lo cultural. En esta época, numerosos especialistas se aproximaron a la disciplina de la antropología, al mismo tiempo que recuperaban el trabajo de historiadores más culturalistas como E. P. Thompson o Eugen Weber. Aunque la propuesta del nuevo paradigma cultural sin duda ha abierto las puertas a interpretaciones compatibles con el reconocimiento de la subjetividad histórica de los grupos subalternos campesinos, ello ciertamente no ha evitado la inercia a las interpretaciones utilitaristas y estructuralistas.

En lo que respecta a las explicaciones inspiradas en estudios antropológicos, se propuso en su momento la interpretación del clientelismo político a partir de los principios del «mediterraneismo» heredero del pensamiento de Julian A. Pitt-Rivers²⁷. Antropólogos como José Antonio González Alcantud defendieron la utilización del binomio «honor/vergüenza» como código de comportamiento interclasista²⁸. Así, la contribución campesina al mantenimiento de prácticas electorales caciquiles se empezó a entender como un conjunto de medidas para salvaguardar el honor y la reputación personal-familiar de los votantes en el marco de comunidades pequeñas de contacto vecinal. Javier Ugarte aplicó, por su parte, esta misma interpretación con relación a la movilización carlista de 1936 en el País Vasco-Navarro²⁹.

En otro sentido, Jordi Canal defendió la idea de que diferentes formas de transmisión del patrimonio propias de la tipología de familia extensa-troncal explicaban la movilización carlista de la po-

²⁷ PITT-RIVERS, J. A. (ed.): *Mediterranean Countrymen: Essays in the Social Anthropology of the Mediterranean*, París, Mouton, 1963.

²⁸ GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: «Jerarquía versus igualdad: el clientelismo político en el Mediterráneo desde la antropología», en ROBLES EGEA, A. (coord.): *Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 21-43.

²⁹ UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

blación campesina en las regiones donde era predominante, como por ejemplo la Catalunya Vella³⁰. Basándose en la obra de Emmanuel Todd, estableció correspondencias entre las estructuras de organización familiar y ciertos valores sociales aplicables a la esfera política³¹. De este modo, el valor colectivo que se daba a la unidad de la casa, junto con el necesario reconocimiento de las jerarquías parentales, explicaban la ideologización en clave derechista de los miembros de las familias en cuestión.

De todas formas, las diversas interpretaciones procedentes de la antropología han sido igualmente utilizadas de manera reduccionista conllevando a los mismos errores ya realizados anteriormente. A partir de la aplicación del bagaje teórico del «mediterraneanismo» y la antropología política se cae fácilmente en la trampa de las interpretaciones estructuralistas y ahistóricas de la agencia social de las mayorías subalternas en el mundo rural. El concepto «honor/vergüenza» resulta aplicable a partir de una relación puramente mecánica entre la acción colectiva y las normas de reproducción de la familia o la aldea como unidad básica de organización. Entonces, emerge el cuadro de unas familias campesinas cuya acción se veía constreñida por códigos culturales abstractos que la predeterminaban de antemano.

Por otra parte, a partir de las aportaciones de la antropología también se producen interpretaciones claramente utilitaristas del comportamiento campesino. Los códigos culturales pueden ser interpretados como instrumentos circunstanciales para obtener beneficios materiales concretos. En esta línea, John Davis señaló en su momento que «el lenguaje del honor es el que utilizan los débiles para mitigar las consecuencias del desamparo en la relación de desigualdad»³². De igual modo que los historiadores marxistas en sus interpretaciones sobre el carlismo, de esta explicación del clientelismo se deduce que los sectores populares del mundo rural solamente acataban en beneficio propio los mandatos morales de comportamiento que regían sus familias y sus comunidades locales. Así pues, no se creían el discurso subyacente a las prácticas sociales.

³⁰ CANAL, J.: «La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la base de la pervivencia del carlismo», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 99-136.

³¹ TODD, E.: *La invención de Europa*, Barcelona, Tusquets, 1995 (1.ª ed., 1990).

³² DAVIS, J.: *People of the Mediterranean. An Essay in Comparative Social Anthropology*, Londres, Routledge, 1977, citado en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: «Jerarquía versus igualdad...», *op. cit.*, pp. 27-28.

Más allá de las aportaciones realizadas desde la antropología, las interpretaciones culturales de la acción colectiva de ciertos grupos campesinos en el carlismo y el clientelismo político también surgieron de la apropiación de la obra de E. P. Thompson³³. En este sentido, Jaume Torras puso de relieve ya en los años setenta el hecho de que las fuerzas estructurales de carácter material no eran suficientes para explicar la movilización carlista³⁴. Por tanto, había que tener en cuenta también factores de carácter cultural como el apego a las instituciones parroquiales o las diferentes formas de religiosidad popular.

A lo largo de los años noventa, la noción thompsoniana de «economía moral»³⁵ —reformulada y aplicada al comportamiento campesino por James C. Scott—³⁶ tuvo cierta repercusión en estudios sobre la politización izquierdista de los trabajadores rurales. Así, por ejemplo, autores como Andreu Mayayo o Salvador Cruz Artacho postularon la vigencia de una «moral de la subsistencia» en los estratos populares del campo³⁷. Con esta categoría describían un código de comportamiento a partir del cual se entendía que las elites locales debían garantizar la supervivencia de las unidades campesinas que dependían de ellas, siempre a cambio de contraprestaciones de obediencia y reconocimiento de su supremacía. De esta manera, la negativa de los grandes propietarios a someterse a los dictados morales premodernos de reciprocidad social legitimaba la rebelión popular y se interpretaba como la causa principal de la politización de los grupos subalternos del mundo rural a través de organizaciones modernas de clase. Más recientemente, Gloria Martínez Dorado y Juan Pan-Montojo han utilizado la noción de «economía moral» para hacer la interpretación inversa y expli-

³³ Torras cita constantemente a THOMPSON, E. P.: *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz, 1963.

³⁴ TORRAS, J.: *Liberalismo y rebeldía...*, op. cit.

³⁵ THOMPSON, E. P.: «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en THOMPSON, E. P.: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979 (1.ª ed., 1971).

³⁶ SCOTT, J. C.: *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in South-East Asia*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1976.

³⁷ MAYAYO, A.: *De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agrari a Catalunya (1893-1994)*, Barcelona, Afers, 1995, y CRUZ ARTACHO, S.: «Estructura y conflicto social en el caciquismo clásico. Caciques y campesinos en el mundo rural granadino (1890-1923)», en ROBLES EGEA, A. (coord.): *Patronazgo y clientelismo...*, op. cit., pp. 191-215.

car los códigos culturales de comportamiento interclasista que defendía la militancia carlista ante la amenaza de la acción institucional del Estado liberal³⁸.

De todas formas, la herencia del pensamiento thompsoniano puede ser aplicada igualmente tanto desde posicionamientos estructuralistas como desde una perspectiva utilitarista. La interpretación es estructuralista cuando se adopta la «economía moral» como un código cultural que determina la acción de quienes lo comparan. Por otra parte, cuando frecuentemente se sostiene que los grupos subordinados utilizaban dicho código en beneficio propio y sin creérselo, la explicación de la acción colectiva tiende claramente al utilitarismo. Así pues, a partir de conceptos como «economía moral» o el binomio «honor/vergüenza» se ha producido un reconocimiento de la agencia de los colectivos campesinos en el mantenimiento de las jerarquías sociales. A pesar de ello, en su aplicación no siempre se ha tenido en cuenta su subjetividad histórica, es decir, las percepciones de su experiencia vivida.

Más allá de la explicación causal de la cooperación campesina en el mantenimiento de las jerarquías sociales, muchos trabajos recientes sobre el carlismo y el clientelismo político se han interrogado por los mecanismos de reproducción. La longevidad de ambos fenómenos evidencia las carencias de los argumentos utilitaristas en la explicación del sacrificio individual por la causa colectiva. Si el cambio constante de las circunstancias vividas marca su contexto histórico, la permanencia de las fidelidades políticas no se explica por intereses individuales inmediatos de carácter económico. Para entender tanto la persistencia de la identidad política carlista, como la reproducción de las prácticas patrono-clientelares, se ha hecho imprescindible el abordaje del debate clásico sobre la modernización del mundo rural planteado en su momento por Eugen Weber como un proceso aculturador de politización y nacionalización³⁹. De esta línea de interpretación han salido diver-

³⁸ MARTÍNEZ DORADO, G., y PAN-MONTOJO, J.: «El primer carlismo, 1833-1840», *Ayer*, 38 (2000), pp. 35-64.

³⁹ WEBER, E.: *Peasants into Frenchmen...*, *op. cit.* Sobre el redescubrimiento de la obra de Weber en la historiografía del Estado español destacar la monografía «Política y campesinado en la historia agraria», *Historia Agraria*, 38 (2006); el dossier «Eugen Weber», *Historia Social*, 62 (2008), y la futura realización de la Mesa 3 «Politización, democracia y mundo rural en Europa y América», en el XIII Congreso de Historia Agraria de 2011.

esos trabajos que al menos han dejado abierta la posibilidad del reconocimiento de la subjetividad histórica de los grupos subalternos campesinos.

En lo que respecta al carlismo, destaca el trabajo pionero de Martín Blinkhorn sobre la militancia reaccionaria en Navarra⁴⁰. Este autor presentó dicho movimiento social y político como un elemento de consenso ideológico que permitió la reproducción de las jerarquías sociales y las lealtades locales en una época de progresiva alfabetización y modernización del agro navarro. Su estudio sobre la actividad cultural del entramado asociativo carlista durante la Segunda República se basaba en el concepto de «hegemonía» de Antonio Gramsci⁴¹. El marco teórico gramsciano deja espacio al reconocimiento de la subjetividad histórica de los grupos subalternos en la construcción del consenso social. En este sentido, el mismo Blinkhorn señaló más tarde que «las poblaciones rurales (o urbanas) no tenían por qué ser llevadas a creer cualquier cosa [...] el desarrollo de una hegemonía ideológica normalmente suponía un progresivo y complejo proceso de interacción, de consenso, de negociación del consentimiento»⁴². Entonces, no se puede entender desde esta perspectiva la hegemonía ideológica de la causa antiliberal sin tener en cuenta las percepciones subjetivas de los sectores populares del campesinado que la apoyaron.

En la misma línea, Javier Ugarte ha sostenido en estudios más recientes que, ante la crisis de las estructuras sociales que sostenían las unidades familiares y comunitarias premodernas, las élites de propietarios agrarios intentaron mantener la hegemonía cultural a partir del despliegue de un entramado organizativo y asociativo de signo derechista muchas veces ligado a las instituciones eclesiásticas⁴³. No hay duda que la afirmación de la existencia de una identidad y una subcultura carlistas ha sido de gran utilidad para entender el poder de reproducción de las lealtades a la causa reaccionaria a lo largo de los siglos XIX y XX. Siguiendo este hilo ar-

⁴⁰ BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979.

⁴¹ Una revisión de la teoría gramsciana de la hegemonía en FEIXA, C.: «El Teatre de l'Hegemonia. Revisitació a Gramsci», *El Contemporani*, 2 (1994), pp. 27-33.

⁴² GIBSON, R., y BLINKHORN, M.: «Introduction», en GIBSON, R., y BLINKHORN, M. (eds.): *Landownership and Power in Modern Europe*, Londres-Nueva York, Harper Collins, 1991, p. 15. La traducción es nuestra.

⁴³ UGARTE, J.: *La nueva Covadonga...*, *op. cit.*

gumental, Jordi Canal ha destacado el poder de la simbología y el mundo ritual carlista para dar significado a la experiencia compartida por sus militantes⁴⁴. Pedro Rújula, por su parte, ha señalado la importancia del ritual conmemorativo de la violencia y el martirio en la significación de la memoria histórica del movimiento⁴⁵. De hecho, los levantamientos armados han sido planteados también como un mecanismo de precoz politización de los sectores populares del campesinado ya a principios del siglo XIX⁴⁶. De esta manera, la adopción de una visión política del entorno social no se debió tanto a la escolarización masiva o a la difusión de la prensa, como a la vivencia traumática de la guerra y la reproducción de su memoria mediante la transmisión oral.

El planteamiento de procesos de politización del mundo rural basados en la significación endógena de la propia experiencia bélica contradice claramente las tesis de Eugen Weber⁴⁷. Según este autor, la modernización del campo respondió únicamente a fenómenos de aculturación realizados a partir de la acción de agentes institucionales del Estado-nación, sobre todo por la escuela pública. Con relación a este planteamiento, Fernando Molina ha matizado sus afirmaciones destacando la contribución subjetiva campesina en la nacionalización del conjunto social⁴⁸. Así pues, la nacionalización no tiene por qué ser vista como una dinámica de aculturación. No se debe menospreciar la posibilidad del establecimiento de un flujo de retroalimentación circulante entre los aparatos institucionales de Estado que propusieron la idea de nación y los grupos subalternos que se la apropiaron a partir de sus propias experiencias.

⁴⁴ CANAL, J.: *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000.

⁴⁵ RÚJULA, P.: «Conmemorar la muerte, recordar la historia: la fiesta de los mártires de la tradición», *Ayer*, 51 (2003) pp. 67-85.

⁴⁶ RÚJULA, P.: «La guerra como aprendizaje político. De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas», en *I Jornadas de Estudio del Carlismo. Actas. El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 41-65, y MOLINER, A.: «Partidas, guerrillas y bandolerismo», en *II Jornadas de Estudio del Carlismo. Actas. Violencias fratricidas: carlistas y liberales en el siglo XIX*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2009, pp. 15-55.

⁴⁷ WEBER, E.: *Peasants into Frenchmen...*, *op. cit.*

⁴⁸ MOLINA, F.: «¿Realmente la nación vino a los campesinos? *Peasants into Frenchmen* y el “debate Weber” en Francia y España», *Historia Social*, 62 (2008), pp. 79-102.

Por tanto, se llega a la conclusión de que la nación ha sido históricamente creada a partir de la interacción de diferentes posicionamientos políticos en conflicto. Éste ha sido precisamente el planteamiento de Jesús Millán y Ángel Duarte en su afirmación de la complementariedad antagónica de las opciones carlista y liberal en la construcción de la identidad nacional española⁴⁹. De la misma manera, Francisco Javier Caspistegui ha destacado el papel de la actividad cultural del mundo asociativo carlista en la configuración de la autorrepresentación regional de Navarra como comunidad imaginada⁵⁰.

En lo que respecta a la historiografía sobre el clientelismo restauracionista, el redescubrimiento de la obra de Eugen Weber sobre la modernización del mundo rural ha desencadenado un fructífero diálogo entre autores que han centrado su actividad en los procesos de construcción del Estado-nación y otros especializados en la actividad política campesina. Así, por ejemplo, José Álvarez Junco se interesó en su momento por las relaciones patrono-clientelares en la España decimonónica siguiendo la línea de interpretación establecida por Ernest Gellner⁵¹. Interpretó el caciquismo como un síntoma de las insuficiencias del despliegue efectivo de las administraciones del Estado en las periferias regionales de su territorio.

No obstante, recientes estudios sobre los procesos de politización campesina basados en los planteamientos weberianos han sido criticados en la misma línea que lo fueron las interpretaciones de la «Escuela de Oxford»⁵². Demasiado frecuentemente, la expansión

⁴⁹ MILLÁN, J.: «A salvo del desorden conservador: carlismo y oligarquías no carlistas en la España de la revolución liberal», en *I Jornadas de Estudio del Carlismo...*, op. cit., pp. 65-99, y DUARTE, A.: «El carlista y el republicano: rivales y enemigos», en *II Jornadas de Estudio del Carlismo...*, op. cit., pp. 239-259.

⁵⁰ CASPISTEGUI, F. J.: «¿Carlismo en Navarra o Navarra carlista?: paradojas de una identidad conflictiva entre los siglos XIX y XX», en *I Jornadas de Estudio del Carlismo...*, op. cit., pp. 205-245, y ANDERSON, B.: *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991.

⁵¹ ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX», en ROBLES EGEA, A. (coord.): *Política en penumbra...*, op. cit., pp. 71-95, y GELLNER, E.: «Patrons and Clients», en GELLNER, E., y WATERBURY, J. (eds.): *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, Londres, Duckworth, 1977, pp. 1-7.

⁵² FRÍAS, C., y GARCÍA, C.: «Sufragio universal masculino y politización campesina en la España de la Restauración (1875-1923)», *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 27-47, y ROMERO, C., y CABALLERO, M.: «Oligarquía y caciquismo durante el rei-

de la significación política de la experiencia social sólo se entiende desde la perspectiva de su funcionalidad con relación al desarrollo del Estado-nación. Sólo se tienen en cuenta aquellas actitudes de los grupos subalternos rurales que encajan con el camino preestablecido de politización y nacionalización de la vida cotidiana. No hay duda de que esta interpretación de claros tintes estructuralistas constituye una narrativa teleológica y presentista de los procesos de modernización.

Mención aparte se merecen los trabajos de Francisco Cobo Romero sobre la politización de signo derechista de las clases medias campesinas en la Alta Andalucía durante la Segunda República⁵³. Al plantear los numerosos déficits de los partidos de izquierdas con relación a la canalización de sus reivindicaciones y la defensa de sus sensibilidades, este autor ha presentado a los estratos intermedios de las jerarquías agrarias como sujetos históricos capaces de formular de manera autónoma sus propias reivindicaciones para así apropiarse del programa político más próximo a sus deseos.

En la misma línea, Juan Pan-Montojo ha estudiado recientemente la configuración del discurso del «agrarismo» a finales del siglo XIX no solamente desde el punto de vista de los intereses de las elites terratenientes, sino también desde la perspectiva de las sensibilidades heterogéneas de su clientela⁵⁴. Este autor se pregunta cómo las propuestas realizadas en dicho entorno político obtuvieron la representatividad social de amplios sectores del campesinado. Igualmente se plantea cuál fue el papel de la imagen antagonica entre lo rural y lo urbano en dicho proceso. Así pues, el campo mismo empieza a ser entendido como una construcción cul-

nado de Isabel II», en *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 7-27. Comentados críticamente en los artículos que en esta misma revista —núm. 41 (2007)— publicaron Luis Garrido, Xosé R. Veiga y Aurora Garrido.

⁵³ COBO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, e íd.: «Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en la Europa occidental de entreguerras. Una visión comparada», *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 47-75.

⁵⁴ PAN-MONTOJO, J.: «Reconstructing “Communities” and Uniting “Classes”: Agrarian Movements and Agrarismo in Spain, 1882-1917», en PAN-MONTOJO, J., y PEDERSEN, F. (eds.): *Communities in European History: Representations, Jurisdictions, Conflicts*, Pisa, Pisa University Press, 2007, pp. 109-133.

tural fruto de la modernización⁵⁵, como una tradición inventada en términos de Eric Hobsbawm⁵⁶.

Nuevos retos interpretativos

Las interpretaciones del carlismo y el clientelismo político que se han realizado desde una perspectiva cultural no solamente han posibilitado la producción de nuevos conocimientos cualitativamente diferenciados. También han propiciado la introducción de nuevas aportaciones teóricas al debate en torno a la acción colectiva de los grupos campesinos. Respecto al carlismo, Martínez Dorado y Pan-Montojo han propuesto explícitamente la utilización de la noción de «discurso» «en sustitución no sólo de mentalidad, cultura popular o economía moral, sino también de ideología y cultura política»⁵⁷. Dicho concepto es heredero del cuerpo teórico del estructuralismo lingüístico formulado en su momento por Ferdinand de Saussure⁵⁸. De todas maneras, fue Michel Foucault quien aplicó las conclusiones puramente semióticas de los lingüistas estructuralistas a la acción llevada a cabo por los sujetos históricos⁵⁹. Este autor planteó el «discurso» como un mecanismo de poder; relacionó la esfera del lenguaje con el comportamiento social, y sometió todo ello a un análisis radicalmente historicista⁶⁰. De forma complementaria, el concepto de «representación» ha sido propuesto desde la escuela de los *Cultural Studies* no solamente como un acto de signi-

⁵⁵ La idea ya fue planteada en WILLIAMS, R.: *El campo y la ciudad...*, *op. cit.* Desde los años noventa han trabajado ampliamente sobre la misma diferentes autores aglutinados alrededor de la revista *Journal of Rural Studies*, en VIVES, A.: «Alteridad rural y centralismo urbano en la construcción de la diferencia entre el campo y la ciudad», en NASH, M., y TORRES, G. (eds.): *Los límites de la diferencia. Alteridad cultural, género y prácticas sociales*, Barcelona, Icaria, 2009, pp. 29-47.

⁵⁶ HOBBSAWM, E. J.: «L'invent de tradicions», en HOBBSAWM, E. J., y RANGER, T. (eds.): *L'invent de la tradició*, Vic, Eumo, 1988, pp. 13-25 (1.ª ed., 1983).

⁵⁷ MARTÍNEZ DORADO, G., y PAN-MONTOJO, J.: «El primer carlismo...», *op. cit.*, p. 49.

⁵⁸ HALL, S.: «The Work of Representation», en HALL, S. (ed.): *Representation. Cultural Representations and Signifying Practices*, Londres, Sage, 1997, pp. 30-54.

⁵⁹ FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1996 (1.ª ed., 1975).

⁶⁰ VÁZQUEZ, F.: «Foucault y la Historia Social», *Historia Social*, 29 (1997), pp. 145-159.

ficación de la experiencia vivida, sino también como dispositivo de poder efectivo en la práctica social cotidiana⁶¹. Además, el carácter dinámico e históricamente cambiante de las prácticas de significación ha hecho que la misma noción haya sido largamente reivindicada desde el campo de la historia cultural⁶².

Este corpus teórico ofrece la posibilidad de interpretar la praxis social no solamente a partir de razonamientos utilitaristas supuestamente objetivos, sino como una toma de decisión realizada por diferentes sujetos históricos en función del sentido que han dado a sus propias vivencias. Por otra parte, el carácter cambiante e irreplicable de la experiencia significada evita a su vez las interpretaciones estructuralistas. Entonces, dichos posicionamientos interpretativos permiten entender la acción colectiva de los sectores populares del campesinado desde su propia subjetividad culturalmente construida en una dinámica de cambio histórico siempre incierto e imprevisible.

Con relación a las causas explicativas de la movilización carlista y la reproducción de las relaciones políticas patrono-clientelares, se evidencia la importancia de explicar cómo sus bases sociales dieron sentido a la propia experiencia a través de lenguajes diferentes. Así pues, cabe preguntarse cómo los diferentes campesinados percibieron la acción de las administraciones públicas en el marco del proceso de construcción del Estado-nación español, sobre todo aquellas que les afectaron directamente. Tal y como señaló en su momento Jordi Canal, antes que plantearse la cuestión de «por qué fueron carlistas» amplios sectores del mundo rural es preferible hacerlo desde la perspectiva subjetiva de los propios militantes: «¿Por qué fuimos carlistas?»⁶³. En este sentido, hay que profundizar en el estudio de las percepciones generadas en base a los discursos con los que los miembros de estos colectivos se sintieron identificados. Se trata, pues, de analizar los repertorios de representación empíricamente acotables a actos de comunicación concretos protagoni-

⁶¹ HALL, S.: «The Spectacle of the “other”», en HALL, S. (ed.): *Representation..., op. cit.*, pp. 223-290. La imagen de las guerras carlistas ha sido analizada desde una perspectiva teórica diferente en *III Jornadas de Estudio del Carlismo. Actas. Imágenes: El carlismo en las artes*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2010.

⁶² CHARTIER, R.: «El mundo como representación», en CHARTIER, R.: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 2002 (1.ª ed., 1989).

⁶³ CANAL, J.: «La gran familia...», *op. cit.*, pp. 99-100.

zados por los sujetos históricos estudiados. Por tanto, la tipología de fuente histórica a tener en cuenta la constituyen los documentos —escritos o no— en que las clases subalternas del campo llevaban la voz cantante.

De todas formas, el abordaje de esta tarea conlleva el planteamiento previo de muchas cuestiones de carácter teórico y metodológico de considerables dificultades. En primer lugar, hay que preguntarse si desde la precariedad institucional inherente a las posiciones de subalternidad social y cultural es posible la creación de un lenguaje propio con el que dar sentido de manera autónoma a la experiencia subjetiva. Tal y como ha planteado Gayatri Spivak, cabe responder el interrogante sobre la posibilidad de la configuración de voces subalternas⁶⁴. ¿Cuáles son los mecanismos a partir de los que una persona o un grupo de personas se convierten en portavoces consentidos por el colectivo que representan? ¿Cuáles son las condiciones que regulan la identificación de los grupos subordinados con los textos —orales, escritos, etc.— en los que se sienten representados?

Para responder a estas preguntas es imprescindible estudiar cómo las prácticas de recepción comunicativa realizadas desde posiciones de subalternidad cultural alteran el mensaje original propuesto por los emisores. Respecto a fenómenos históricos como el carlismo o el caciquismo, hay que plantearse cómo las mayorías campesinas sin voz social reconocida pudieron aprovechar dichos procesos de recepción para coercionar los textos generados en busca de su identificación y representatividad⁶⁵. Así pues, sería bueno profundizar en los mecanismos de negociación del consentimiento que hicieron posible que ciertos grupos subalternos se creyeran el discurso que representaba su voz. Entonces se hace evidente la necesidad de una historia de las prácticas de apropiación popular de los discursos políticos del carlismo y otras ideologías de derechas que apelaban al mundo rural en su universo simbólico.

⁶⁴ SPIVAK, G.: «Can the Subaltern Speak?», en WILLIAMS, P., y CHRISMAN, L. (eds.): *Colonial Discourse and Postcolonial Theory. A Reader*, Nueva York, Harvester-Whearsheaf, 1994, pp. 66-111 (1.ª ed., 1988).

⁶⁵ Homi Bhabha ha explicado la alteración de los discursos en su recepción como ejercicio de *translation* en BHABHA, H.: «Sly Civility», en BHABHA, H.: *Location of Culture*, Nueva York, Routledge, 1994, pp. 132-145 (1.ª ed., 1985). Sobre la coerción de la recepción CHARTIER, R.: «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, 17 (1993), pp. 97-103.

Hay que averiguar, en definitiva, cómo ciertos grupos subalternos del campo se creyeron las ideologías subyacentes a las prácticas de deferencia social desde una perspectiva de clase.

Según Néstor García Canclini, en la apropiación creativa de textos ajenos también se han canalizado las tradiciones de conocimiento previas con las que se identifican las audiencias⁶⁶. En la recepción semiótica se producen fenómenos de hibridación entre los repertorios nuevos de representación que proponen las autoridades culturales y los viejos substratos de significación a partir de los que se hace la lectura de lo nuevo. En este sentido, los procesos de modernización del campesinado que Eugen Weber entendió como fenómenos de aculturación deben ser vistos como formas de transculturación en las que representaciones premodernas del mundo social contaminaron el discurso hegemónico de la modernidad⁶⁷.

Es por esta razón que es necesario el planteamiento de estudios sobre la persistencia en el seno de los colectivos campesinos de lenguajes populares de tradición oral. Se trata del substrato cultural que a lo largo de los siglos XIX y XX entró en contacto con discursos políticos —tradicionalistas o progresistas— que contribuían a la modernización del mundo rural. Son pocos los estudios realizados en esta línea. En su análisis de un amplio repertorio de coplas y romances de la Catalunya Occidental, Joaquim Capdevila ha comprobado en los textos una cierta orientación del auditorio hacia el apego a las instituciones religiosas locales como referentes de identificación aldeana⁶⁸. De esta manera, las reformas desamortizadoras del Estado liberal se pudieron significar como una agresión a la propia identidad aglutinada a través de las instituciones parroquiales, concejiles u otras. Seguramente, la acción del Estado fue percibida desde muchos pueblos y aldeas como un menosprecio a sus propias instituciones, al repertorio de costumbres y representaciones religiosas a partir de las que se construyó la identidad local.

⁶⁶ Sobre el concepto de «hibridación» véase GARCÍA CANCLINI, N.: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.

⁶⁷ Sobre el concepto de «transculturación» véase PRATT, M. L.: *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 1992.

⁶⁸ CAPDEVILA, J.: «Caciquisme rural i contrautopies pageses. El testimoni d'unes cobles de la Conca de Barberà i del Priorat», *Aplec de Treballs del Centre d'Estudis de la Conca de Barberà*, 26 (2008), pp. 38-71, e íd.: *Modernització social a la Catalunya de Ponent durant el canvi de segles XIX i XX*, Facultat de Filologia de la Universitat de Barcelona (tesis doctoral, 2003).

Ello podría explicar la participación popular en las movilizaciones carlistas de ciertas áreas geográficas del territorio estatal español a lo largo del siglo XIX.

El análisis de Capdevila sugiere también la percepción negativa de las organizaciones políticas modernas desde una perspectiva de periferia territorial⁶⁹. Posiblemente, amplios sectores del campesinado no se apropiaron de los lenguajes políticos porque las organizaciones que los difundían —partidos y sindicatos— estaban centralizadas en ciudades lejanas. A lo mejor optaron por mantener las fidelidades de carácter personal a elites locales más próximas con las que se sentían más identificados desde una perspectiva territorial. Por tanto, sería interesante comprobar hasta qué punto las concepciones de reciprocidad social interclasista propias de las economías morales sobrevivieron a los procesos de modernización⁷⁰. Dichas representaciones de la sociedad conforman el discurso en el marco del cual se percibieron como naturales tanto las relaciones patrono-clientelares, como el reconocimiento de las jerarquías sociales.

No obstante, la confirmación de estas hipótesis nunca será posible a menos que interroguemos decididamente a las voces de los colectivos silenciados que dieron sustento tanto al carlismo como al clientelismo político. Nunca podremos saber si ambos fenómenos se correspondieron a actos de resistencia popular contra la construcción del Estado-nación en su acepción liberal centralista, si no escuchamos a las voces subalternas que reproducían narrativas históricas diferentes a las de la modernidad, aquellas que para Rannahit Guha «son voces bajas que quedan sumergidas por el ruido de los mandatos estatistas»⁷¹. No hay duda de que a partir del reconocimiento de la subjetividad histórica de los diferentes colectivos campesinos puede salir un campo fértil de nuevas formas de entender el devenir social que superen los límites interpretativos de los posicionamientos de fondo utilitarista o estructuralista. Como ha

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ La cuestión es tratada en VIVES, A.: «La persistencia de la ética de la supervivencia en el medio rural mallorquín. Itinerario de un discurso (siglos XIX-XX)», en *Memoria e identidades. Actas del VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela Publicacions, 2004, pp. 2124-2144.

⁷¹ GUHA, R.: «Las voces de la historia», en GUHA, R.: *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 20 (1.ª ed., 1993).

señalado Mary Nash, «la historiografía del siglo XXI tiene que confrontar los retos de escribir narrativas históricas que reconozcan la diversidad de los sujetos históricos»⁷². En este sentido, el reconocimiento de los sujetos campesinos sin duda contribuirá a una mejor comprensión de los procesos en los que estuvieron involucrados en interacción con otros agentes sociales.

⁷² NASH, M.: «Los nuevos sujetos históricos...», *op. cit.*, p. 100.